

Homilía del Custodio de Tierra Santa Francesco Patton

*Lecturas: Hch 10,34a.37-43;
Col 3,1-4; Jn 20,1-9*

Testigos de la esperanza

1. Querido p. Juan, Queridos hermanos, queridas hermanas,

¡El Señor les conceda la paz!

En esta celebración, aquí en el Santo Sepulcro, en el lugar más santo de toda la cristiandad, en el lugar donde Jesús ha vencido el pecado y la muerte y nos ha donado una esperanza cierta e invencible, queremos una vez más rezar por el fin de la pandemia, por los enfermos y por aquellos que los asisten, por los pobres que no tienen medios para curarse, pero también por los pastores y los gobernantes, que se encuentran en el deber de tomar decisiones difíciles por el bien de los fieles, de las personas y de los pueblos. También queremos rezar por el Santo Padre el Papa Francisco y por su regreso a Roma después de su viaje apostólico a Irak.

Y queremos, en este lugar santo, sentirnos en comunión con los fieles y peregrinos: sabemos que con el corazón estáis aquí, aunque la pandemia os impida todavía de viajar y de estar aquí físicamente.

2. Este lugar, que es el primero que nos fue confiado a nosotros frailes de la Custodia de Tierra Santa, no es solamente el lugar más santo entre todos, sino que es también el lugar que da sentido a la vida de cada uno de nosotros, da sentido a la misión de la Iglesia y a la vida de cada cristiano.

En Nazaret, en Belén, en la mayor parte de los santuarios de Tierra Santa, nosotros contemplamos a Jesucristo verdadero Dios y verdadero hombre y los misterios de su vida; contemplamos su persona en su humanidad y a través de su humanidad llegamos poco a poco a intuir su divinidad, para

llegar sobre el Calvario, a pocos pasos de aquí, y reconocer justamente gracias a su modo único de morir, lo que reconoció el Centurión: "Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios". En la mayor parte de los santuarios contemplamos sobretodo el hecho de que Jesús se vació de su ser Dios, para hacerse hombre, siervo obediente hasta la muerte y muerte en cruz, por nosotros, por mí.

3. Aquí en la capilla vacía nosotros contemplamos lo que han contemplado Pedro y Juan el día de la primera Pascua, es decir, contemplamos los signos de la resurrección de Jesús: la piedra quitada y la tumba vacía, los lienzos puestos allí, el sudario enrollado y la sábana desinflada porque no contienen más el cuerpo de Jesús sino solo la imagen impresa de aquel evento físico y al mismo tiempo espiritual que fue la resurrección de la carne de Cristo por obra del Espíritu Santo.

No contemplamos solo lo que han visto Pedro y Juan, sino también lo que en este jardín ha podido contemplar María Magdalena, la *Apostola de los apóstoles* (Cfr. Hipólito, *CCt*): contemplamos al Resucitado. Si en los otros lugares, incluso el Calvario, hemos contemplado en el hombre Jesús al Hijo de Dios, aquí en su Sepulcro contemplamos en el Hijo de Dios al hombre nuevo, que en su carne ya transfigurada por la potencia del Espíritu Santo, participa en modo personal, con la propia humanidad, a la vida de Dios. Es el principio de la nueva creación, que empieza con el cuerpo de Jesús resucitado.

4. Eh aquí la fuente de nuestra esperanza, eh aquí el sentido de nuestra vida, eh aquí la transformación que nos es donada y de la que nos ha hablado el Apóstol Pablo con palabras válidas para nosotros hoy como para los primeros cristianos: *"Recordad que vosotros habéis resucitado con Cristo, y entonces vivid en la perspectiva de gente resucitada, no de gente que está todavía prisionera de la muerte. Vuestros pensamientos, vuestras elecciones, vuestras acciones, revelen que ya participáis a aquella vida nueva y divina que Jesucristo nos ha donado con su resurrección. Vuestros pensamientos, vuestros comportamientos, y vuestras vidas manifiesten que ya vivís en Dios"*(cfr. Col 3,1-4).

5. Es justamente en el encuentro con esta tumba vacía y luego con el Resucitado que no solamente nace nuestra esperanza, sino que nace también la misión de la Iglesia. Es la misión recibida por Pedro y por los primeros discípulos, de contar la vida de Jesús, sus gestos y sus palabras, su pasión, muerte y resurrección y, como nos ha recordado el apóstol Pedro en el pasaje de los Hechos: *“Y él nos envió a anunciarle al pueblo que Dios lo ha puesto como Juez de los vivos y de los muertos. Todos los profetas habían hablado ya de Jesús, y habían dicho que quienes creen en él reciben por medio de él el perdón de los pecados”*. (At 10,42-43). Celebrar el misterio de la Pascua, es decir, de la pasión, muerte y resurrección del Señor Jesús, significa ofrecerlo como fuente de salvación, de esperanza, de renovación y de resurrección para toda la humanidad, y para cada hombre y mujer de hoy.

6. Celebrar esto que es el misterio fundamental de nuestra fe significa alimentar el testimonio original y esencial de la Iglesia entera, que es el anuncio que *“Jesús, el Crucificado, resucitó como lo había predicho”*. Este es el anuncio de María Magdalena, que es el anuncio de quien sabe que el amor es más fuerte que la muerte. Este es el anuncio de Pedro y de sus sucesores, que tienen la tarea de confirmar los hermanos en la fe, de animarlos en la esperanza y de tenerlos unidos en la caridad. Este es el anuncio que cada discípulo de Jesús está llamado a realizar, sin miedo, con franqueza y libertad, hasta los extremos confines del mundo, hasta el fin de los tiempos, en el propio ambiente de vida. Porque este es el anuncio que salva, que cambia la vida de cada hombre y de cada mujer, que alimenta la esperanza auténtica de cada uno de nosotros, que nos introduce en la vida misma de Dios.

7. Delante de la tumba vacía, pedimos por el Santo Padre y por todos los Pastores de la Iglesia, por los fieles y por los peregrinos del mundo entero, pedimos por cada uno de nosotros, simplemente esto: de saber reconocer en nuestra vida los signos y la presencia de Jesús resucitado, de saber vivir como resucitados y lograr ser de este modo testigos de Jesús resucitado y de la esperanza invencible que ha puesto en nuestros corazones. Que así sea.